

«Europa está rodeada de mar por el norte, el sur y el oeste. Las fronteras naturales del continente son el océano Atlántico y el mar Mediterráneo, y el océano Ártico al norte. El extremo septentrional de Europa, según la ciencia, es la isla de Magerøya; el extremo meridional es Creta y el occidental, el archipiélago de Dunmore Head. La frontera oriental de Europa se extiende a lo largo de los Urales por el Imperio ruso y cruzando el mar Caspio atraviesa Transcaucasia. Sobre esto la ciencia aún no se ha definido. Algunos estudiosos piensan que la región situada al sur de la cordillera del Cáucaso pertenece a Asia, pero otros opinan que estas tierras han de considerarse Europa, especialmente si se tiene en cuenta su desarrollo cultural. Así que, niños, el que nuestra ciudad haya de pertenecer a la avanzada Europa o a la atrasada Asia va a depender en parte de cómo os comportéis vosotros.»

El profesor sonrió, satisfecho. Los cuarenta alumnos de tercer curso del Instituto de Bachillerato de Humanidades del Imperio ruso de la ciudad de Bakú, en Transcaucasia, nos quedamos sin respiración ante este saber tan profundo y ante el peso de nuestra responsabilidad.

Éramos treinta musulmanes, cuatro armenios, dos polacos, tres sectarios y un ruso, y estuvimos un rato callados. Entonces Mehmed Haidar levantó la mano desde la última fila y dijo:

«Perdone, profesor, pero es que preferimos quedarnos en Asia.»

Estallaron carcajadas. Era ya el segundo año que Mehmed Haidar se sentaba en los bancos de tercer curso, y con toda probabilidad seguiría allí otro año, siempre que Bakú siguiera perteneciendo a Asia. Según un decreto ministerial, los nacidos en la Rusia asiática tenían derecho a repetir curso tantas veces como quisieran.

El profesor Sanin, con su uniforme bordado en oro de los profesores rusos de instituto, frunció el ceño. «¿Así que tú quieres seguir siendo asiático, Mehmed Haidar? Sal a la pizarra. ¿Puedes fundamentar tu opinión?»

Mehmed Haidar se acercó, se puso rojo y siguió callado. La boca abierta y el ceño fruncido, sus ojos miraban estúpidamente hacia delante. Y mientras cuatro armenios, dos polacos, tres sectarios y un ruso se reían de su estupidez, yo levanté la mano y declaré: «Señor profesor, yo también prefiero que nos quedemos en Asia».

«¡Alí Kan Shirvanshir! ¡También tú! Muy bien, acércate.»

El profesor Sanin sacó el labio inferior y maldijo en silencio al destino que lo desterrara a la costa del mar Caspio. Después carraspeó y dijo con gravedad: «¿Puedes tú, al menos, justificar esta opinión?».

«Sí. En Asia me encuentro muy bien.»

«Ya veo. ¿Y has estado en algún país asiático verdaderamente sin civilizar, por ejemplo en Teherán?»

«Sí: el verano pasado.»

«¡Ajá! ¿Y disponen allí de los grandes logros de la cultura europea, como el automóvil?»

«Claro que sí, incluso de unos muy grandes. Cabrán treinta personas, o más. No van por la ciudad, sino de pueblo en pueblo.»

«Son autobuses, y circulan porque no hay ferrocarril. Eso es el atraso. ¡Vuelve a tu sitio, Shirvanshir!»

Los treinta asiáticos se quedaron encantados y me lanzaban miradas de aprobación.

El profesor Sanin estaba de mal humor y no decía nada. Su deber era educar a los alumnos para ser buenos europeos.

«¿Alguno de vosotros ha estado en Berlín, por ejemplo?», preguntó de pronto.

No era su día de suerte: el sectario Maikov levantó la mano y reconoció que estuvo en Berlín siendo muy, muy pequeño. Lo único que recordaba con claridad era un tren subterráneo húmedo y siniestro, un ruidoso ferrocarril y un bocadillo de jamón que le preparó su madre.

Los treinta musulmanes nos escandalizamos profundamente. Said Mustafá incluso pidió permiso para salir, porque le dio un mareo cuando oyó la palabra «jamón». Con esto quedó zanjada la discusión sobre la situación geográfica de la ciudad de Bakú.

Tocaron el timbre. Aliviado, el profesor Sanin abandonó el aula. Los cuarenta alumnos salimos corriendo. Era la hora del recreo largo, y había tres opciones: correr por el patio peleándonos con los alumnos del vecino Instituto de Ciencias, porque sus botones y escarapelas eran dorados mientras nosotros solo teníamos plateados; hablar en tártaro a gritos, para que los rusos

no nos entendieran y porque además estaba prohibido; o correr por las calles hasta el Liceo Femenino de la Reina Santa Tamara. Por esto último opté yo.

En el Liceo de Santa Tamara las chicas paseaban por el jardín con sus pudorosos uniformes azules y sus delantales blancos. Mi prima Aixa me saludó. Me introduje por la puerta del jardín. Aixa iba de la mano de Nino Kipiani, y Nino Kipiani era la chica más guapa del mundo. Cuando les conté mis batallas geográficas, la chica más guapa del mundo torció la nariz más bonita del mundo y dijo: «Alí Kan, mira que eres tonto. Gracias a Dios que estamos en Europa. Si estuviéramos en Asia yo hace tiempo que llevaría velo, y tú no me podrías ver».

Me di por vencido. La ambigüedad geográfica de Bakú me permitía seguir contemplando los ojos más bonitos del mundo.

Afligido, me salté el resto de las clases. Estuve paseando por las callejuelas de la ciudad, mirando los camellos y el mar y pensando en Europa, en Asia y en los preciosos ojos de Nino; y me embargó la tristeza. Se me acercó un mendigo de cara desfigurada. Le di unas monedas e intentó besarme la mano. Espantado, la retiré. Pero luego anduve dos horas por la ciudad buscando al mendigo, para que me la pudiera besar. Pensé que lo había ofendido. Resultó imposible dar con él, y tuve remordimientos de conciencia.

Todo esto ocurrió hace cinco años.

En estos cinco años pasaron muchas cosas. Llegó un nuevo director, que disfrutaba cogiéndonos del cuello de la camisa y sacudiéndolo: pegar a un alumno de bachillerato estaba terminantemente prohibido. El profesor

de religión nos explicó con detalle lo misericordioso que había sido Alá al traer al mundo a los musulmanes. Ingresaron en nuestro curso dos armenios y un ruso, y lo abandonaron dos musulmanes: uno porque se casó con dieciséis años; el otro, porque lo asesinaron durante las vacaciones por una venganza de sangre. Yo, Alí Kan Shirvanshir, viajé tres veces a Daguestán, dos a Tiflis, una a Kislovodsk y una a casa de mi tío en Persia, y a punto estuve de repetir curso por confundir el gerundio con el gerundivo. Mi padre fue a la mezquita a consultar al mulá y este le explicó que lo del latín eran meras manías. En vista de lo cual mi padre se colocó todas sus condecoraciones, las turcas, las persas y las rusas, se fue a ver al director, donó al instituto no sé qué instrumento de laboratorio, y yo pasé de curso. En el instituto colgaba un cartel nuevo según el cual los alumnos teníamos prohibido entrar con revólveres cargados, en la ciudad abrieron dos cines e instalaron líneas de teléfono, y Nino Kipiani seguía siendo la chica más guapa del mundo.

Y ahora todo se iba a acabar: faltaba solo una semana para el examen final de bachillerato, y yo estaba en casa sentado en mi habitación, rumiando sobre lo absurdo que es estudiar latín a la orilla del mar Caspio.

Era una agradable estancia del segundo piso de la casa familiar. Las paredes estaban recubiertas de oscuras alfombras de Bujará, Isfahán y Kazán. Las líneas de sus dibujos eran el reflejo de jardines y lagos, bosques y ríos imaginados por el tejedor: irreconocibles para el lego, fascinantemente bellos para el experto. Mujeres nómadas de lejanos desiertos recogían en el bosque de matorral silvestre las hierbas para hacer tintes. Delgados y

largos dedos las exprimían para extraer el jugo. El secreto de estos delicados tintes tiene siglos de antigüedad, y a menudo pasa una década hasta que el tejedor termina su obra de arte. Entonces se cuelga de una pared, llena de símbolos misteriosos, de bosquejos de escenas de caza y luchas a caballo, con adornos de caligrafía en el borde: un verso de Firdusi o una profunda cita de Saadi. Con tantas alfombras, la habitación resulta oscura. Un diván bajo, dos pequeños escabeles con incrustaciones de madreperla, multitud de blandos almohadones; y, en medio de todo, molestísimos y absurdos, los libros del saber occidental: química, latín, física, trigonometría... nimiedades inventadas por los bárbaros para ocultar su barbarie.

Cerré los libros de golpe y salí de mi habitación. Un estrecho mirador acristalado, que daba al patio, conducía hasta la azotea. Subí. Desde allí observé mi mundo, la gruesa muralla de la ciudad vieja y las ruinas del palacio con su inscripción en árabe a la entrada. Por el laberinto de calles caminaban camellos de patas tan suaves que daban ganas de acariciarlos. Frente a mí se alzaba, pesada y oronda, la Torre de la Muchacha, rodeada de leyendas y de guías turísticos. Más allá de la torre empezaba el mar: el Caspio, misterioso, plomizo y sin facciones; y a mi espalda, el desierto: rocas picudas, arena y matojos, tranquilo, mudo e insalvable: el paisaje más bello del mundo.

Me senté tranquilamente en la azotea. Qué me importaba a mí que hubiera más ciudades, azoteas o paisajes. Yo amaba este liso mar y este desierto liso y entre ellos esta vieja ciudad, con su palacio en ruinas y la ruidosa muchedumbre que venía hasta aquí a buscar petróleo y

hacerse rica, y que se acababa marchando porque no le gustaba el desierto.

El criado trajo té. Bebí, pensando en el examen de revalida. No es que me preocupara demasiado. Seguramente aprobaría. Pero si tenía que repetir curso tampoco era una tragedia. Los campesinos que labraban nuestras tierras dirían que mi sed de conocimientos era tal que no quería alejarme de la casa del saber. Y en verdad era una lástima dejar el instituto. Con lo elegante que era el uniforme gris, con sus botones, sus hombreras y su escarpela color plata. En ropa de calle iba a sentirme muy disminuido. Pero no llevaría ropa de calle por mucho tiempo. Solo este verano, y después... sí, después a Moscú, al Instituto Lazarev de Lenguas Orientales. Así lo he decidido: tendré una buena ventaja sobre los rusos. Lo que a ellos les cuesta mucho estudiar yo lo sé desde niño. Y además, no hay uniforme más bonito que el del Instituto Lazarev: chaqueta roja, cuello dorado, una fina espada de oro y guantes de cabritilla hasta en días de diario. Hay que tener uniforme, porque si no los rusos no te respetan, y si no me respetan los rusos, Nino no querrá tomarme como marido. Porque yo tengo que casarme con Nino, por muy cristiana que sea. Las georgianas son las mujeres más guapas del mundo. ¿Y si ella no quiere? Pues... entonces me busco a un par de hombres valientes, agarro a Nino a la silla de montar y me la llevo por la frontera persa hacia Teherán. Entonces sí querrá, ¡no tendrá más remedio!

Vista desde la azotea de nuestra casa en Bakú, la vida era bella y sencilla.

Kerim, el criado, me tocó el hombro. «Ya es la hora», dijo.

Me levanté. En efecto, era la hora. En el horizonte, detrás de la isla de Nargin se veía un barco de vapor. De creer un papelito impreso que trajo a casa un funcionario de telégrafos cristiano, en este barco venía mi tío con sus tres mujeres y sus dos eunucos. Había que ir a recogerlo. Corrí escaleras abajo. El coche partió. Descendimos veloces hacia el ruidoso puerto.

Mi tío era un hombre distinguido. El sah Naser al-Din le había otorgado en su gracia el título de Asad ed-Davleh: «el León del Imperio». No estaba permitido llamarle de otro modo. Tenía tres mujeres, muchos criados, un palacio en Teherán y numerosas tierras en Mazandarán. Venía a Bakú por una de sus mujeres. Se trataba de la pequeña Zainab. Solo tenía dieciocho años, pero el tío la quería más que al resto de sus esposas. Estaba enferma, no tenía hijos, y el tío quería tener hijos precisamente de ella. Con este fin ya había viajado a Hamadán. Allí, esculpida en roca rojiza en medio del desierto, hay una estatua de un león de mirada enigmática. La erigieron antiguos reyes de nombres casi olvidados. Hace siglos que las mujeres peregrinan hasta el león a besar su miembro viril para obtener la bendición de la fertilidad y la dicha de los hijos. Con la pobre Zainab el león no hizo efecto. Tampoco los amuletos del derviche de Kerbala, los conjuros del sabio de Meshjed ni las artes secretas de aquellas viejas de Teherán duchas en cuestiones de amor. Ahora venía a Bakú para que el talento de los médicos occidentales le diera lo que le estaba negado a la sabiduría del lugar. ¡Pobre tío! Tenía que traerse también a las otras dos mujeres, que eran viejas y a las que no amaba. Así lo exige la costumbre: «Puedes tomar una, dos, tres o cuatro mujeres, si las tratas a todas por

igual». Tratarlas a todas por igual quería decir ofrecer a todas lo mismo; por ejemplo, un viaje a Bakú.

A decir verdad, a mí todo ello no me importaba en absoluto. Las mujeres pertenecen al *anderun*, al interior de la casa. Los hombres bien educados ni hablan de ellas ni preguntan por ellas, tampoco las saludan. Son la sombra de sus maridos, aunque estos a menudo solo se encuentren bien bajo estas sombras. Esto es bueno y sabio. «Una mujer no tiene más entendimiento que pelo un huevo de gallina», dice un proverbio nuestro. A las criaturas sin entendimiento hay que vigilarlas; si no, traerán desgracias sobre sí y sobre los demás. A mí me parece una sabia norma.

El vaporcito se acercó al muelle. Unos marineros de pecho ancho y peludo colocaron la escalerilla. Descendió una masa de pasajeros: rusos, armenios y judíos, con mucha prisa, como si importara cada minuto que llegaran antes a tierra. Mi tío no aparecía. «La velocidad es cosa del demonio», solía decir él. Solo una vez que todos los viajeros hubieron abandonado el barco apareció la esbelta figura del León del Imperio.

Llevaba levita con solapas de seda, gorro redondo de piel y babuchas en los pies. Llevaba su ancha barba teñida con jena, al igual que las uñas de los dedos: en recuerdo de la sangre del mártir Huseín, vertida hace un milenio por la fe verdadera. Sus ojos eran pequeños y cansados, y se movía despacio. Tras él andaban, visiblemente emocionadas, tres figuras envueltas de pies a cabeza en tupidos velos negros: sus mujeres. Detrás venían los dos eunucos: uno con cara de listo, como de lagartija desecada; el otro pequeño, hinchado y orgulloso: los guardianes del honor de Su Excelencia.

Mi tío cruzó despacio por la escalerilla. Le abracé y le besé con respeto en el hombro izquierdo, aunque en la calle no fuera obligado. A sus mujeres no les dirigí ni una mirada. Subimos al coche. Las mujeres y los eunucos nos seguían en carruajes cerrados. Era una imagen tan imponente, que ordené al cochero que diera un rodeo por el paseo marítimo, para que la ciudad pudiera admirar a mi tío como él merecía.

En el paseo marítimo estaba Nino, que me miró con sus ojos risueños.

Mi tío, mesándose la barba con elegancia, preguntó qué novedades había en la ciudad.

«No muchas», le dije, consciente de que mi obligación era empezar por lo secundario y pasar después a lo importante. «La semana pasada Dadash Beg apuñaló a Ayund Sadé, porque Ayund Sadé raptó hace ocho años a la mujer de Dadash Beg, y había vuelto a la ciudad. El mismo día que volvió, Dadash Beg lo apuñaló. Ahora lo busca la policía, pero no lo van a encontrar, a pesar de que todo el mundo sabe que Dadash Beg está en el pueblo de Mardakan. Las personas prudentes dicen que Dadash Beg hizo bien.»

El tío asintió con la cabeza en señal de aprobación. ¿Alguna otra novedad?

«Sí, los rusos han descubierto mucho más petróleo en Bibi-Eibat. La Nobel ha traído hasta aquí una máquina alemana para rellenar con arena un pedazo de mar y hacer prospecciones.»

El tío estaba muy impresionado. «Alá, Alá», dijo, y apretó los labios con preocupación.

«... en nuestra casa todo va bien, y si Dios quiere, la semana que viene dejaré la casa del saber.»

Así le fui contando, y el viejo escuchaba con atención. Hasta que el coche no se acercó a casa, no le dije con indiferencia, mirando hacia otro lado: «A la ciudad ha llegado un famoso médico ruso. La gente dice que es muy sabio, que ve en la cara de los hombres su pasado y su presente y que deduce el futuro».

Los ojos de mi tío estaban semicerrados con grave indiferencia. Sin demostrar interés me preguntó el nombre de este sabio, y supe que estaba muy contento conmigo.

Pues para nosotros así son las buenas maneras y la educación distinguida.